

Un mensaje bíblico

# PARA TODOS

---

## Quejarse

**“Aconteció que el pueblo se quejó... y lo oyó el Señor”.**

Números 11:1

Salvado de la esclavitud de Egipto, librado del poder de Faraón, el pueblo de Israel había cantado el cántico de la liberación a las orillas del Mar Rojo. Luego vino el desierto: hambre, vencida por el maná; sed, apagada por el agua de la Roca; Amalec, derribado por la intercesión divina. Después de un año de estar al pie del monte Sinaí, el pueblo reemprendió la ruta.

¡Acababan de partir y el pueblo ya se quejaba! No se dice de qué, ni el porqué, pero el hecho está allí. De hecho, la Palabra quiere enseñarnos que muchas veces nos quejamos sin saber la causa, simplemente porque nos dejamos llevar por un descontento básico, el cual tiene algo que criticar sobre el tiempo que hace, la comida que se nos ofrece, o tal o cual circunstancia. ¿Nos damos cuenta de que cada vez “Dios lo oye”?

Deuteronomio 8 nos recuerda que el desierto está “para afligirte, para probarte, para saber lo que hay en tu corazón” (v. 2). Con la fuerza que el Señor nos da, a veces superamos pruebas muy dolorosas. En cambio, los pequeños contratiempos diarios engendran las quejas. Entonces surgen los disgustos, las decepciones y las molestias.

Un corazón básicamente feliz en el Señor sabrá aceptar de su mano estas contrariedades. Pero muchos otros reaccionarán

con amargura, enojo y quejas. ¿Cómo remediarlo? Es preciso entregarse a Dios “como vivo de entre los muertos” (Romanos 6:13), para aprender, como tuvo que hacer el apóstol Pablo: “He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación” (Filipenses 4:11). Estas contrariedades cotidianas, constantemente renovadas, ponen a prueba nuestra paciencia, la realidad de la vida divina en nosotros y también esta disciplina personal, indispensable a todo aquel que quiere andar con el Señor.

**“Hermanos, no murmuréis los unos de los otros... hermanos, no os quejéis unos contra otros”** (Santiago 4:11; 5:9).

María, llena de solicitud, veló por Moisés, su hermanito, que estaba en la arquilla de junco, en medio de las cañas del río. Más tarde, dirigió el coro de las mujeres, cantando la liberación. Durante estas primeras etapas en el desierto, María era, por decirlo así, «la primera dama» en la congregación. Pero, de repente los celos se apoderaron del corazón de María, “a causa de la mujer cusita que Moisés había tomado” (Números 12:1). Probablemente era Séfora, la cual había vuelto de la casa de Jetro, su padre (véase Éxodo 18:1-12). Estos celos se exteriorizaron mediante murmuraciones: junto con Aarón hablaron contra su hermano, poniendo en duda que fuera el único instrumento del cual se sirviera Dios para enseñar a su pueblo.

Aarón y María fueron convocados por Dios a la puerta del tabernáculo y tuvieron que oír Sus reproches: “¿Por qué, pues, no tuvisteis temor de hablar contra mi siervo Moisés?” (Números 12:8). Y el castigo se abatió sobre María, volviéndose leprosa.

Después de la intercesión de Aarón, que reconoció haber obrado con locura, y pecado junto con su hermana, “Moisés clamó a Jehová” y Dios tuvo misericordia. No obstante María

debió “permanecer avergonzada durante siete días” (v.14), para que la gravedad de una falta, que a primera vista parecía sin importancia, quedase marcada en su espíritu y le ayudase, por la gracia de Dios, a no volver a caer.

El enojo (Eclesiastés 7:9), la calumnia (Proverbios 10:18), el menosprecio del prójimo (14:21), en el sentido de los Proverbios, son las manifestaciones de un “necio”, tal como las palabras hirientes, los reproches fuera de lugar, o las quejas repetidas. En respuesta a la confesión, Dios perdona y limpia (1 Juan 1:9). Pero su educación continua; como antaño para el pueblo o para María, nuestras palabras pueden acarrear consecuencias muy desagradables y dolorosas (Proverbios 19:29; 10:13). Es una saludable disciplina que no hemos de despreciar, y no debemos desmayar cuando somos reprendidos por el Señor (Hebreos 12:5).

En Números 19, cualquier falta, cometida tan fácilmente en el desierto, mediante las manifestaciones de la carne en nosotros (el contacto con la muerte), implicaba cumplir unas ordenanzas divinas durante una semana entera para volver a ser restaurado. Era preciso confesar su pecado a un “hombre puro” que hacía aspersion sobre el impuro en los días tercero y séptimo. La última noche de esta semana, si el culpable era de la simiente de Aarón, es decir sacerdote, podía dejar de ayunar y comer de nuevo las cosas santas, “porque su alimento es” (Levítico 22:6-7).

¡Que el Señor nos dé la fuerza de ser vigilantes en cuanto a cualquier manifestación de nuestra naturaleza pecadora, y en particular, cuando se presenten los disgustos, las decepciones y las molestias!

G. A.

“Ten piedad de mí, oh Dios,  
conforme a tu misericordia;  
Conforme a la multitud de tus piedades  
borra mis rebeliones.  
Lávame más y más de mi maldad,  
Y límpiame de mi pecado.  
Porque yo reconozco mis rebeliones,  
Y mi pecado está siempre delante de mí.”

Salmo 51:1-3

“Contra ti, contra ti solo he pecado,  
Y he hecho lo malo delante de tus ojos.

Purifícame con hisopo, y seré limpio,  
Lávame, y seré más blanco que la nieve.

Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,  
Y renueva un espíritu recto dentro de mí.

Vuélveme el gozo de tu salvación,  
Y espíritu noble me sustente.

Los sacrificios de Dios  
son el espíritu quebrantado;  
Al corazón contrito y humillado  
no despreciarás tú, oh Dios.”

Salmo 51:4, 7, 10, 12, 17

**PARA TODOS**



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas**  
**PARA TODOS**  
**1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).